

# Comienza el Concilio

## I

### Decir y no decir

No le ocurrirá otra frase, sino ésta, a quien, como este cronista, quiere llevar a los lectores venezolanos algunas impresiones y datos acerca de lo que ocurre en esta verdadera capital del mundo cristiano, Roma, durante los días del Concilio Vaticano II.

Pocas veces la pluma se detiene más a menudo que ahora sobre el papel, ante la avenida incontenible de cosas que uno quisiera contar todas a la vez; y en su perplejidad no halla qué formar ni qué dejar. Y por mucho que se esfuerce, al final le parece que se queda en un decir y no decir. Sirva esta ingenua, pero realísima confesión, para que los lectores excusen lo incompleto de esta crónica, ante los justificados deseos que tendrán de saber muchas cosas de esta extraordinaria asamblea cristiana, la mayor que el mundo ha conocido; y hacia la cual están vueltas, con razón, todas las miradas de la humanidad.

### Ambiente de Roma

Cuantos venidos de otras naciones, han tenido la oportunidad de llegar a Roma unos días antes de la apertura del Concilio, pudieron darse cuenta enseguida de que el ambiente todo de la ciudad era de entusiasmo, expectativa y emoción.

En la fresca pero agradable estación otoñal en que todo parece reavivarse como despedida ante la proximidad del invierno, las calles, avenidas y plazas van poblándose, en gradual aumento, con la presencia de la más variada clase de gentes. Llegan de todas las naciones y continentes, y razas.

Como se puede entender el epicentro de esta creciente oleada humana es la amplísima Plaza de San Pedro. Lejos de darse aquí ninguna confusión de lenguas, nadie parece tener dificultades, pues siempre entre tan variada multitud, sin caminar gran distancia, todos encuentran con quien entenderse.

Cartelones de gran tamaño y buen gusto, colocados por diversas entidades, privadas y oficiales, meten por los ojos, a todo el mundo, la realidad de hallarse en una ciudad que va a ser testigo del más grande acontecimiento espiritual que Roma y el mundo han presenciado.

Bien, puede suponerse que lo que más se destaca en este torbellino de grupos humanos frente

a San Pedro y calles adyacentes, son los representantes del clero católico. Dejemos a un lado los mil variados hábitos de las buenas religiones que con tan jocundo espíritu se unen a estas manifestaciones de fe y de entusiasmo. Sacerdotes, Obispos y Cardenales de toda nacionalidad, raza y color, cruzan de un lado a otro; así como los religiosos de tan diversas órdenes y hábitos. Cada quien va a lo suyo; pero todos reflejan en sus rostros, en su andar y en su charla, que están viviendo unos días de intensa emoción y consuelo espiritual. Aquí se palpa al vivo la realidad de la Iglesia Católica, universal. Ni viaje, ni distancias, ni otra cosa alguna ha sido óbice para su presencia en Roma. Todos los Obispos del orbe caminan en estos días por las calles de Roma. Junto al rubio alto norteamericano de andar reposado, pasa el chino silencioso, de paso menudito, y pasa el negro de serena compostura. La primera tarde de llegar, este cronista se topó de frente, bajo la columnata de Bernini con dos Excmos. Obispos totalmente negros. Emocionado se acercó a besarles el anillo y se atrevió a preguntarles en inglés, de dónde venían. Y le respondieron: del Congo. Y estos eran sólo dos de la Jerarquía Congoleña que cuenta con 47 obispos. De la India llegan 85. De Filipinas 48. De Nigeria 18. De Tanganyika 25, y con ellos su Cardenal. Y así por el estilo llegan de todas las más remotas naciones. Y no puede uno menos de bendecir a Dios por la fecundidad apostólica de su Iglesia; pues esta sorprendente floración jerárquica, sobre todo de los continentes asiático y africano, es obra, en buena parte, de la generosa labor misionera, especialmente en el presente siglo, con tanta razón llamado "el siglo de las Misiones". Tras del arduo período misional, vese ya la transformación de aquellos territorios —antañó paganos— en naciones de pujante vida católica, dirigida por una numerosa Jerarquía compuesta de nativos de cada país.

Pero entre todos los ciento y miles de eclesiásticos que en su ir y venir creaban ambiente y colorido en torno al Vaticano, faltaba por ver desfilar al Obispo de Roma, al Príncipe de los Obispos de la Iglesia. No podíamos esperar que él también apareciera por allá. ¿Pero, por qué no? Y he aquí que esa misma tarde de nuestra llegada, Domingo 7 de octubre, fiesta de Ntra. Sra. del Rosario, se celebraba una solenne procesión de penitencia entre las Basílicas Mayores de Santa María y de San Juan de Letrán. Cardenales y Obispos en buen número fueron al acto. Y el Papa había prometido estar presente para recibir la procesión al llegar a Letrán, y dar su bendición a los fieles. Los romanos que parecen olfatear la hora en que Su Santidad ha de salir del Vaticano, empezaron desde media tarde a formar nutridas filas a través de la Plaza de San Pedro. Este cronista se incorporó a aquellas filas, y esperó paciente, en buen puesto, la salida y el paso del Padre Santo. Y

ya al caer de la tarde, un revuelo de entusiasmo que corrió como electrizando a todos los presentes y nos hizo estirar bien los cuellos, anunció que el automóvil del Papa venía lentamente acercándose. Y allí pasó, cerquita, frente a nosotros, bendiciendo a derecha e izquierda, S. S. Juan XXIII, todo sonrisa y bondad. Nos pareció un poco aviejado, pero muy entero y firme en sus gestos y expresión. Nos sentíamos felices. A las pocas horas de llegar sin audiencia, inesperadamente, acabábamos de ver al Papa y de recibir su primera bendición; una de las cuatro que a la hora de escribir esta crónica ya hemos tenido la inmensa dicha de alcanzar. El cuadro de nuestras observaciones en torno a los miembros del clero y de la Jerarquía presentes en Roma, se había completado de la manera más solemne y jubilosa, entre los aplausos y vivas de la muchedumbre al paso de Su Santidad.

### **La Jerarquía Venezolana**

Tuvimos la suerte de viajar en el avión que traía a Roma a Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Caracas, Monseñor Quintero. En el mismo avión viajaban otros seis Excmos. Obispos venezolanos, y varios sacerdotes más. Otros Sres. Obispos habían viajado anteriormente, y algunos lo harían en los siguientes días.

Tras de un viaje sin novedad, a D. g., y colmada de atenciones por el personal de la empresa VIASA, arribamos al aeropuerto de Roma casi al mediodía del 7 de octubre. También en nuestra compañía viajaba el Dr. Lorenzo Fernández, nombrado Ministro Plenipotenciario del Gobierno venezolano para el acto solemne de la instalación del Concilio Vaticano II, al que asistirían con igual representación nuestros Embajadores ante la Santa Sede y ante el Quirinal, respectivamente.

A la llegada al aeropuerto, nos recibieron dichos Embajadores con su cuerpo diplomático, más los Excmos. Obispos que se hallaban ya entonces en Roma. Fue una llegada de muy grato recuerdo, llena de cordialísimos encuentros con tan gentiles compatriotas. Los trámites de pasaporte y equipajes nos fueron hechos en breve lapso por personas designadas al efecto, a través de una oficina especial instalada por el Gobierno italiano para atender a todos los miembros del Concilio y su personal.

Pronto también las calles y plazas de Roma se vieron recorridas por quienes de Venezuela han venido a sumarse a sus hermanos de todo el mundo en esta reunión plenaria del más numeroso Concilio Eucuménico que ha tenido en veinte siglos la Iglesia de Jesucristo.

### **Víspera de la solemne instalación**

A medida que los días pasaban y las horas se acortaban, la víspera del gran día se pasó

en una activa movilización de todo orden en torno a las oficinas vaticanas. Información del programa de los actos del día siguiente, búsqueda de las credenciales para las personas del séquito episcopal, y otros menesteres parecidos. Todo esto trajo una manifiesta actividad, que espontáneamente se advertía en el ir y venir de miles de eclesiásticos en las zonas adyacentes a San Pedro.

Ese día 10, los sacerdotes recibimos aviso de celebrar la Misa votiva del Espíritu Santo para impetrar sus luces sobre el Concilio.

Además se concedió el permiso para celebrar a medianoche —entre el 10 y el 11— la Santa Misa de esta fecha, fiesta de la Maternidad de la Virgen Santísima.

Ya para este día víspera se hallaba en Roma, salvo contadas excepciones, la totalidad del Episcopado de todo el mundo católico. Por primera vez, podría decirse, tras de veinte siglos, que la Jerarquía Católica se reunía —como una sola persona en torno al Vicario de Jesucristo, junto a la tumba del Príncipe de los Apóstoles.

Aquella tarde del día 10 se desgajó sobre Roma una persistente lluvia leve y fría, que por primera vez hacía menos agradable el bello clima otoñal hasta entonces reinante. Toda la noche fue de continuo llover. La preciosa iluminación que con potentes reflectores colocados al final de la gran Vía de la Conciliazione, se proyectaba sobre la Plaza de San Pedro, filtraba sus chorros de fulgor a través de la tenue cortina de agua que nos impedía estar a la intemperie. Pero ni un sólo comentario se escuchó. Nadie pensó que al día siguiente aquella lluvia iba a entorpecer en lo más mínimo el solemne desfile de los miembros del Concilio desde el Vaticano, por el centro de la Plaza de San Pedro, para entrar regimiento por la puerta principal de la Basílica.

### **La solemne apertura del Concilio**

Esta estaba señalada para las 9 de la mañana. Pero la movilización y preparación de casi tres mil Obispos no es cosa de momentos. La hora de llegar el Vaticano era a las 7.30. No podía esperarse sino rigurosa puntualidad. En las largas galerías interiores del extenso Palacio Papal, convertidos como en inmensa sacristía, cada Obispo se revistió de roquete y capa pluvial blanca, más mitra, también blanca. A las ocho y media se dió la orden de: "procedamus". A través de corredores y galerías comenzó el desfile procesional, para desembocar cerca del famoso Portón de Bronce, en el centro de la parte superior de la Plaza San Pedro. Precedían los Canónigos de esta Basílica; luego en nutridas filas varios miles de sacerdotes y religiosos, de roquete. A continuación la importante marcha de los Obispos en fila de a seis.

Al asomar la procesión a la Plaza, el espectáculo era inenarrable. El público llenaba todos los lugares visibles. La Guardia Palatina formaba barrera a ambos lados de la avenida Central. Las campanas de San Pedro —y de todas las Iglesias— volteaban al aire sus mejores sonidos. Y mientras los Obispos habían estado revisiéndose, el sol que no quiso perderse aquel memorable día sino hacérselo suyo, dijo: “atrás”, a la lluvia, hasta secar el pavimento; y empezó a inundar con sus rayos vivificadores toda la grandiosa escena. La Banda de la Guardia alternaba sus aires marciales con el eco de las campanas. Y pronto la gran Plaza se vió partida por una ancha, movable e interminable franja blanquísima, que ondulaba en las capas y mitras blancas, a medida que avanzaban los casi tres mil Obispos, rumbo a la puerta principal de San Pedro. El aplauso que atronó los aires, en aquel momento, es de los que quedan largo tiempo resonando, más que en los oídos, en el corazón. Pero su eco redobló, con crecido entusiasmo, cuando al final de aquella dilatadísima procesión, apareció sobre la silla gestatoria la señera y cautivante figura del Papa. El momento no es para contado. Nunca un Papa había aparecido rodeado de tan grandioso número de hermanos en el episcopado universal. Nunca el más poderoso soberano de la Tierra se ha visto a la cabeza de tan señalado grupo de representantes de todas partes del mundo, como en esta ocasión el Soberano Pontífice, centro espiritual de la cristiandad. En aquellos momentos nos brotaba espontáneamente la profesión de fe: Creo en la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica.

Al avanzar aquella esplendente vía láctea episcopal hacia San Pedro, los bien instalados altavoces nos trajeron la entonación por el Coro —con el que alternábamos— del “Benedictus”. Y ya cerca de la entrada a la Basílica, resonó dulce como nunca —en esta ciudad de la Madre de Dios, y en el día de tan grande misterio— el canto del “Magnificat”. Al aproximarse Su Santidad al lugar de la Banda Palatina, ésta le rinde honores y toca la regia Marcha Pontificia de Gounod. El desfile total lo calculó algún periódico como de una largura de 4 kilómetros.

Los días anteriores a la apertura del Concilio la Basílica de San Pedro había permanecido cerrada, debido a las instalaciones técnicas de toda clase que se requerirían para la mejor actuación de los Padres Conciliares. Este cronista anhelaba el momento de poder visitar el primer templo católico del mundo, y tumba del Príncipe de los Apóstoles. Su sed y su contenida impaciencia se vieron ampliamente compensadas, cuando al avanzar en la procesión se halló casi súbitamente pisando el pórtico interior del sagrado recinto. ¡Qué impresión! Aquello no era

una iglesia. Aquello era un resquicio del cielo en la tierra. Iluminada “a giorno”, con potentes reflectores invisibles que inundaban con su luz los mosaicos, mármoles, dorados y bronce, por cúpula, bóvedas y columnas, el edificio parecía un ascua. Al fondo la “gloria” de Bernini centelleaba con reflejos indescriptibles. Y de pronto la gran mole iluminada, completa su grandiosidad al abrirse en un “tutti” glorioso los cien registros del gran órgano nuevo que juega a maravillas en una sublime y devota fuga de Franck. Las emociones se hicieron en este instante incontenibles; todos callamos y dejamos que las lágrimas buscaran su salida aliviadora.

La amplísima nave central, dispuesta con vasto entarimado en escalones revestidos todo de damasco y rematado en la altura, bajo los arcos intercolumnios, con preciosos tapices de escenas bíblicas de la colección Barberini—, fue colmándose poco a poco con la presencia de los miles de Obispos. Sobre ese entarimado se alzan grandes tribunas —con entrada lateral— que son ocupadas por teólogos, peritos conciliares, y otros miembros del clero. Desde una de éstas, muy cercana al altar “de la confesión” y del trono papal, pudimos observar todo el conjunto. Más de media hora fue necesaria para la acomodación de la ingente hermandad episcopal. Los últimos en entrar fueron los Emos. Cardenales, que precedían al Papa. Este al llegar al pórtico de la Basílica, descendió de la silla gestatoria y avanzó a pie por el centro de la ya repleta nave. No obstante la gravedad del momento, fue imposible contener las manos, y el aplauso expresivo, pero no bullanguero, resonó en toda la amplia Basílica. Su Santidad, bien erguido y entero, con paso firme —sin nada de ancianidad— entró bendiciendo con dulzura y bondad, hasta llegar al “faldistorio”, donde hincado oró por breves momentos.

En aquellos instantes de íntimo silencio en todo el templo, la blancura imponente de los miles de airosas mitras blancas apiñadas como alas, en un solo haz, sin discontinuidad, parecía el símbolo de la realidad del Espíritu Santo en la tierra; y los reflejos de intensa luz que jugaban en todas direcciones, diríase que evocaban las lenguas de fuego de Pentecostés descendiendo sobre las cabezas de este legítimo colegio apostólico, ahora más que doblemente centuplicado. La palabra del Señor era realidad incontestable: La semillita de mostaza había crecido, y hoy es árbol frondoso cuya ramazón cubre todos los puntos de la tierra.

Mientras el Pontífice ora, el coro canta un bellissimo “Tu es Petrus” —Acabado éste se dirige Su Santidad al centro del altar. Allí comienza el primer acto del Concilio— su apertura —cuando ante la solemne expectativa se oyó la voz firme, nítida y bien timbrada del Papa entonando el “Veni Creator Spiritus”, para implo-

rar la luz divina de la gracia sobre las labores conciliares.

A continuación el Cardenal Tisserant, Decano, celebra en altar especial colocado al centro de la nave, frente al trono papal, la Misa del Espíritu Santo. El coro de la Capilla Sixtina canta en esta ocasión la Misa "Papa Marcelo", a 6 voces, de Palestrina.

Concluida la Misa venía el acto litúrgico propio del Concilio, que consiste en la presentación ante el Papa, para su bendición, del libro del Evangelio que ha de permanecer entronizado en medio de la sala conciliar en altar y baldaquino propios, como guía y expresión de fe para todos. Para tan sagrado uso se trajo de la Biblioteca Vaticana el llamado "Codice Urbinatense Latino 10", obra en pergamino finísimo, hecho en el Renacimiento, entre 1475 y 1482 por el copista Matteo de Contugi de Volterra. Consta de 225 folios, con 1082 iniciales y 499 títulos dibujados en oro. Tan preciosa joya quedó, luego de la bendición, entronizada en su puesto de honor, para todo el tiempo que duren las sesiones conciliares.

Acto seguido el Papa se arrodilla, y con la mayor dignidad y sencillez, empleando el simple título de "Obispo de la Iglesia Católica", pronuncia ante todos sus hermanos obispos, la solemne Profesión de fe. Fue uno de los momentos que mayor impresión causó a los presentes. No sólo por la significación de este rendir el Papa, con toda humildad, aquella protestación de fe, y reconocer al Episcopado allí reunido como testigo universal; sino además porque la voz clara, sonora y firme de aquel lento recitado, hacían sentir la verdad y resolución con que el Pontífice proclamaba las verdades que profesa la Santa Madre Iglesia. Si a todo lo largo de la solemne ceremonia, no hubo un momento en que fallara en lo más mínimo el magnífico sistema de altavoces, que llevaban a todos los rincones de la gran Basílica cada canto y cada palabra, con máxima fidelidad; fue excepcional la nitidez con que resonó dignísima la voz del Papa al hacer su Profesión de fe. El aire parecía petrificado, pues contenidos los ánimos en atención absoluta, tan solamente se oía aquella dulce y templada voz del Pontífice.

A continuación, sentado el Papa en su trono, recibe a su vez la "Profesión de fe" que, guiado Monseñor Felici, hacen a una todos los Obispos presentes.

**Roma, 15 de octubre, fiesta de Santa Teresa de Jesús, 1962.**

Hecha luego, todos de rodillas, la invocación al Espíritu Santo, se cantan las Letanías de los Santos; y hacia el final de éstas el Papa bendice por tres veces a todos los Padres Conciliares, pidiendo a Dios su luz y fortaleza.

Cerrando estas coremonias litúrgicas, se escucha de pronto una delicada melodía afabordeada, que a todos sorprende gratamente. Es el coro de la iglesia Oriental unida, que hace acto especial de presencia cantando en griego el Pater Noster, un Salmo y luego un pasaje del Santo Evangelio. La Iglesia una, latina y oriental en torno al Pastor Supremo, se regocija en espíritu, uniendo sus ritos y sus lenguas en la misma invocación a Dios y adoración a la divina palabra de Jesucristo en sus Evangelios.

Llevábamos casi tres horas de ceremonia. Nadie parecía cansado. Eran las 12,15 p.m. El Papa, cuyo rostro grave y sereno, no disimula su íntima satisfacción espiritual, va a dar comienzo a su leído discurso latino que dura 35 minutos. Describe la situación del mundo; explica el origen y razón de la convocatoria del Concilio, los fines que éste persigue, y lo que la Iglesia está llamada a hacer para la unión, la paz y la salvación de la humanidad.

Dejaremos para otra crónica comentar algo de lo que en éste, como en otro tres importantísimos discursos de estos días, ha dicho con tanta oportunidad discreción y bondad este Papa que habla con la firmeza y altura que su cargo exige, pero a la vez con el corazón en la mano, y con tan humana simpatía que arrastra todas las voluntades.

De nuevo el coro se desborda en un solemne "Tu es Petrus"; y entretanto sobre su silla gestatoria y seguido por el largo cortejo de Cardenales y Obispos Su Santidad sale de San Pedro. El voltear de las campanas, los aplausos y vivas de la incansable muchedumbre en la Plaza de San Pedro, indican que el Concilio ha quedado inaugurado y en marcha. El sol sigue prodigando sus favores otoñales, y la tarde se anuncia bellísima. En los rostros brilla la alegría que brota del corazón de los miles y miles de católicos que siguen con entusiasmo creciente la marcha de esta Santa, pacífica y espiritual asamblea de la fe, de la unión, y del amor, que es el Concilio Vaticano II.

**PEDRO P. BARNOLA S. J.**